

Apuntes sobre la expresión literaria durante la guerra de Intervención

Por José Emilio PACHECO

En 1862, al abrirse el fuego de la Intervención, pocos vestigios sobrevivían en México de las que entonces llamaban "bellas letras". Si en anteriores décadas la literatura nacional había dicho sus primeras palabras, en los años posteriores al derrocamiento de Santa Anna, el país envuelto en la guerra de Reforma no daba albergue a la expresión artística. Había existido un fervor literario desatado en numerosas asociaciones y academias; y el primer brote romántico se manifestó mejor en el teatro que en la poesía (Fernando Calderón, Ignacio Rodríguez Galván). Manuel Payno había publicado *El fístol del diablo* y Juan Bautista Morales *El Gallo Pitagórico*, sátira a la manera de los costumbristas españoles, pero en cierto modo próxima a Lizardi; visión amarga de una sociedad que se desintegraba. Novelistas, Justo Sierra O'Reilly, Fernando Orozco y Berra, Florencio del Castillo, vivieron una situación cada vez menos propicia. Juan Díaz Covarrubias, en el que se vio una esperanza para la débil corriente narrativa de entonces, murió a los veintidós años, fusilado por Márquez en el desastre de Tacubaya. El impulso romántico halló mejores cauces en la acción que en el manso cultivo de los versos. Románticos fueron en su gran mayoría los liberales que más tarde lograron, "con las armas de la desesperación y el patriotismo", el triunfo de su causa. Esa "patria de lágrimas, mi patria", que exclamó Guillermo Prieto, pensaba en defenderse antes que en expresarse. Si se quiere saber cuál era el estado de las letras en el momento del asalto napoleónico a México, tendremos que recurrir a la prosa doctrinaria y a la oratoria (Ignacio Ramírez, "El Nigromante"), a las piezas circunstanciales de teatro y sobre todo a las publicaciones periodísticas, como *La Orquesta*, *La Chinaca*, y de manera singular *El Siglo XIX*, donde Francisco Zarco dejó —en páginas que él ignoraba perdurables— las mayores muestras de la ideología y la dignidad liberales. El 16 de abril de 1862, escribió Zarco: "Ante esta actitud de los plenipotenciarios franceses, México debe seguir sus negociaciones con Inglaterra y España, tiene derecho a esperar que el emperador Napoleón III, movido de sentimientos de justicia, de dignidad y de hidalguía, repruebe la conducta injustificable de los representantes, y no dé al mundo el escandaloso espectáculo del abuso de la fuerza; pero entre tanto, México debe aceptar la situación en que se le coloca, y decidirse a rechazar la fuerza con la fuerza, pensando que siempre, a costa de más o menos sacrificios, triunfan la justicia y la razón."

Con artículos, caricaturas, versos satíricos, muchos mexicanos colaboraron en la defensa de la integridad territorial. Otros, unidos al ejército de Juárez (Altamirano, Riva Palacio), cuando quedó deshecha la gran ilusión del imperio, cimentaron la nueva literatura y refirieron sus experiencias de combate.

En el teatro se desbocaba el sentimiento popular. Así Vicente Riva Palacio escribió, en colaboración con Juan A. Mateos, epigramas escénicos que enderezaban su animosidad contra Juan Nepomuceno Almonte, el supuesto hijo de Morelos, y caudillo entonces del más activo colaboracionismo. (De *El tirano doméstico*, pieza representada en mayo del 62, a pocos días de la batalla de Puebla): "Pamuceno cuatro orejas/ tocando la chinfonía,/ pensaba en la monarquía/ con aplauso de las viejas./ Era tan grande su empeño/ que se encontró en un piñón/ en su trono a Napoleón/ pero a Napoleón pequeño./ Para testa coronada/ hizo a Luisito un envite/ mas como habló en otomite,/ el otro no entendió nada.../ Siendo estas cosas sencillas,/ manda de la vieja Europa/ gente honrada, ¡brava tropa...!/ Tomó a traición a las Villas./ En las Cumbres... ¡Qué derrota...!/ ¡Qué botín tan escogido...!/ Tomaron de un jefe herido,/ con mucho arrojo... una bota.../ En Puebla sí fue función,/ los indios están armados.../ y los cañones rayados/ han comenzado: ¡Pom... pom...!/ ¡Al asalto...! ¡Pum...! ¡Al suelo...! ¡Otra carga a la francesa...! ¡Pris...! ¡Pras...! ¿Qué carrera es ésa?/ Ya no es carrera, ¡ése es vuelo!/ ¡No corra la tetajila...!/ grita Almonte con voz brava./ Los nuestros: DEMOÑO ZUAVA.../ Ya TE VIDE EL MOCHILA.../ Ellos siguen el camino/ con más ardores que el sol./ ¡Pobre de Sebastopol...!/ El ministro en un vivac,/ protesta ante un botellón,/ que si se perdió la acción/ fue por falta de

cognac./ ¡Agur...! dijo Saligny.../ Hasta Mostla, Pamuceno,/ y Lorencez: mucho güeno/ por México, no por mí,/ y dando un fuerte respingo/ cuando perdida la vieron,/ a gatas todos se fueron/ por las Cumbres de Acultzingo..."

En medio de los desastres de la guerra, Altamirano, soldado de la República, pronunció varios discursos y por encima de la exaltación patriótica, aclaró que el enemigo era Napoleón, no el pueblo de Francia. En Acapulco, el 5 de mayo de 1865, dijo: "El imperio francés sufrirá hasta su muerte con esta memoria; sufre ya, y por eso ha desplegado en México un sistema de venganza, que toca en la locura y que indica toda la ebriedad del despecho. No importa: México padece, pero no se avergüenza y estará siempre orgullosa [*sic*] de su triunfo. Y bien puede Napoleón hacer pasear sus falanges de soldados sañudos y coléricos por el centro de nuestro país, llevando el sable desnudo en una mano y la tea del incendio en la otra. Y bien puede en su rabia, levantar un trono, pretendiendo esclavizar a la República atrevida que pudo producir a los soldados de Guadalupe. Y bien puede pagar la embustera pluma de sus escritores a fin de que desmientan el desastre, a fin de que disminuyan la victoria y desnaturalicen la realidad. Todo es inútil, y para hacerlo olvidar, fuera preciso poner un paréntesis de sombra en el tiempo que pasó; pero esto es imposible para la misma Divinidad, y el 5 de Mayo se presentará implacable siempre, y la historia lo señalará con su dedo luminoso al través de los siglos y de las generaciones."

Vencido el Imperio durante los últimos años del gobierno de Juárez sobreviene una paz, muy relativa, pero suficiente a permitir el progreso de la expresión literaria. Acaso la mejor síntesis de lo que pasó en la literatura durante aquellos años, es una página escrita el año 68 por el mismo Altamirano: (*De Resurgimiento literario. Una nueva generación*): "Decididamente la literatura renace en nuestra patria, y los días de oro en que Ramírez, Prieto, Rodríguez Galván, Carpio, Pesado, Fernando Calderón, Payno, jóvenes aún, iban a comunicarse en los salones de Letrán, hoy destruidos, sus primeras y her-



Ni por ésas...



Al primer tapón, zurrapas

mosas inspiraciones, vuelven ya, por fortuna, para no oscurecerse jamás, si hemos de dar crédito a nuestras esperanzas. Aquel grupo de entusiastas obreros fue dispersado por el huracán de la política, no sin dejar preciosos trabajos que son hoy base de nuestro edificio literario.

“Muchos años después, un espíritu laborioso y superior, Zarco, se propuso continuar la obra abandonada, con ayuda de otros que se agrupaban en su derredor, y que se llamaban Escalante, Arróniz, Téllez, Cuéllar, Castillo y Ortiz. A esta sazón otro círculo se agrupaba en derredor de Carpio y de Pesado para ayudarles en la misma tarea, y en él se veía en primer lugar a Sebastián Segura y a los dos Roa Bárcenas, tres literatos distinguidos, que aunque separados de los primeros por sus ideas políticas, fraternizaban con ellos por su entusiasmo literario. Pero también nuestras guerras volvieron a dispersar estos dos grupos.

“Zarco, lo mismo que Ramírez y Prieto, se hizo hombre de Estado y publicista; predicó la Democracia y la Reforma, saltó al campo de la lucha, y sufrió las vicisitudes del combate. Igual suerte cupo a todos los demás. Unos tomaron las armas, otros la pluma del periodista, como Florencio del Castillo. El fragor de la guerra ahogó el canto de las musas. Los poetas habían bajado del Helicón y subían las gradas del Capitolino. La lira cayó a los pies de la tribuna en el Foro, y el numen sagrado, en vez de elegía y de cantos heroicos, inspiró leyes.

“Pero mientras que se consumaba aquella revolución, las bellas letras estaban olvidadas o poco menos. Los antiguos literatos pronunciaban discursos en el cuerpo legislativo o en el Senado, o agitaban al pueblo, o deliberaban en el Consejo de Estado o escribían folletos, examinaban las cuestiones extranjeras o redactaban proclamas en el campamento. Uno que otro canto se oía; pero era, o para hacer vibrar a los oídos del soldado los acentos de Tirteo, o para morir con los suspiros del amor en medio de los gritos de odio que lanzaban los combatientes. Este intervalo fue de años.

“A la clausura de la Academia de Letrán se siguieron la guerra de la intervención americana, cuatro guerras civiles sangrientas, la invasión francesa y la guerra contra el segundo imperio. ¡Cuántos años han pasado! ¡Cuántos apóstoles de la literatura nacional han muerto, y muchos cuán desgraciada-

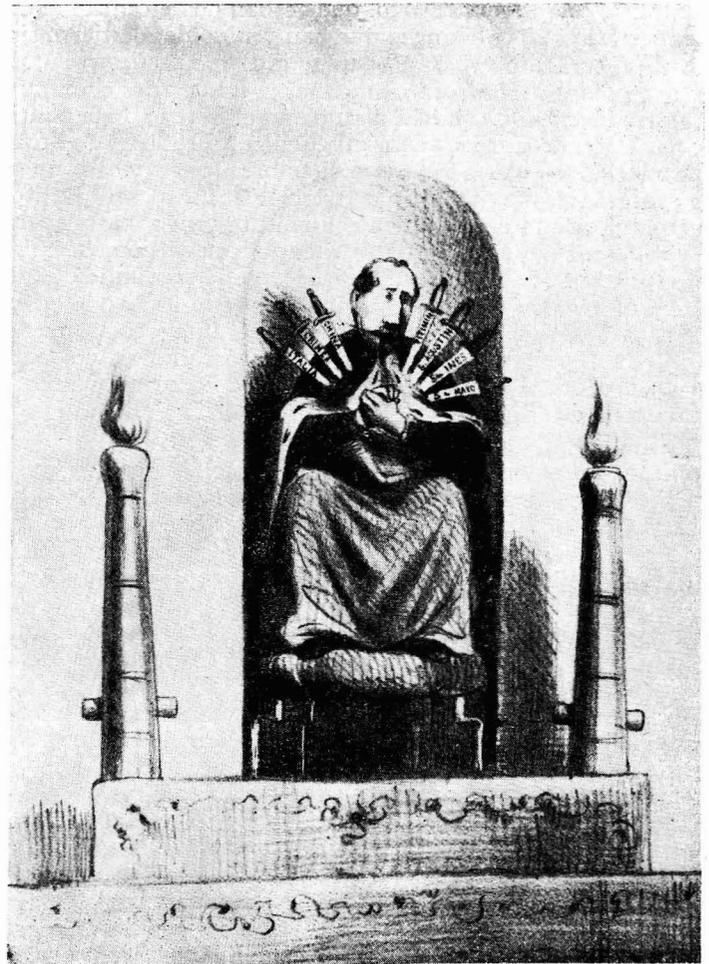
mente! Rodríguez Galván y Torrescano, en La Habana y en la miseria; Calderón, Larrañaga, Navarro y Escalante, en la flor de su edad y cuando hacían saborear a su país lisonjeras esperanzas; Orozco y Berra cayó herido como el rayo por una enfermedad terrible, entre las cajas de una imprenta; Arróniz fue asesinado en medio de los bosques del camino de Puebla; Cruz Aedo asesinado por la soldadesca en Durango; Ríos murió de tristeza y de fiebre a bordo de un buque, alejándose de su país; Mateos y Díaz Covarrubias cayeron en Tacubaya; Florencio María del Castillo, el mártir de la República, después de grandes sufrimientos, murió encerrado por los franceses en las mazmorras de Ulúa. De la primera generación literaria, sólo existen unos cuantos: Cardoso, Ramírez, Prieto, Lafragua, Payno, Alcaraz, vigorosos robles que han resistido el choque de tantas tempestades, y que con su elevada inteligencia sirven de faro a la nueva generación.

“De la segunda quedan más; y el primero de ellos, Zarco, el incansable publicista, que desde el lecho del dolor ahora, lo mismo que en las angustias del destierro y de la pobreza en los Estados Unidos, se consagra siempre, con una asiduidad que le daña, a los trabajos de la prensa, ilustrando nuestro derecho constitucional, dilucidando las cuestiones diplomáticas, defendiendo los muros de la ley y alentando con sus consejos a la juventud estudiosa.

“Ramírez, Cardoso y Prieto, estos tres patriarcas de nuestra literatura, presiden al nuevo movimiento literario, muy dichosos con haber sobrevivido para transmitirnos las magníficas tradiciones de los primeros tiempos, y muy orgullosos con ver en torno suyo a esa turba de jóvenes ardorosos que vienen a colocar en sus cabezas encanecidas por el estudio y los sufrimientos, las coronas del saber y de la virtud.

“Ellos presiden, ellos mandan en esa pequeña república en que no se concede el mando a la fuerza, ni a la intriga, ni al dinero, sino al talento, a la grandeza del alma, a la honradez. Hasta ese círculo literario no penetran las exhalaciones deletéreas de la corrupción: las modestas puertas de ese templo están cerradas al potentado, al rico estúpido, al espantajo de sable; y el corazón oprimido por las miserias de afuera, halla dulce e inmensa expansión en aquel asilo libre, independiente, sublime, en que el pensamiento y la palabra ni están espiados por el esbirro, ni amenazados por el poder, ni calumniados por el odio.

“La nueva raza literaria es más feliz que las primeras, porque tiene por maestros a aquellos que en largos años de útil estudio y de experiencia han llegado a reunir un caudal riquísimo de conocimientos y de gloria que les ha dado un lugar dis-



Donde hay gustos, hay sustos



—Pero, mi general, ¿y la artillería de sitio? —Oh, amigo mío: por esta vez yo me atengo sólo a las proclamas; ya podéis juzgar ahora si soy hombre prevenido

tinguido entre las ilustraciones de la América, al lado de Quintana Roo, de Heredia, de Prescott, de Irving, de Olmedo y de Bello. Por otra parte, la juventud de hoy, nacida en medio de la guerra y aleccionada por lo que ha visto, no se propone sujetarse a un nuevo silencio. Tiene el propósito firme de trabajar constantemente hasta llevar a cabo la creación y el desarrollo de la literatura nacional, cualesquiera que sean las peripecias que sobrevengan.

“En la nueva escuela que se ha reunido, hay soldados de la República, como Riva Palacio, que acaban de desceñirse la espada victoriosa; hay hombres que han venido del destierro sin haber quebrantado su fe; hay perseguidos que prefieren la miseria con todos sus horrores, a inclinar la frente ante el extranjero; hay jóvenes que no han pisado aún el terreno de la política, por razón de su edad, pero que tienen un corazón de bronce para el porvenir. Todos estos hombres son firmes y unen a su entusiasmo una resolución indomable. La energía ya probada es el escudo de la naciente literatura y su garantía para lo venidero. Pero estos hombres, atentos a su misión literaria, abren sus brazos a sus hermanos todos de la República, cualquiera que sea su fe política, a fin de que se les ayude en la tarea, para la que se necesita de todas las inteligencias mexicanas. Si éstos son elementos de progreso, indudablemente puede predecirse que la existencia de la literatura nacional está asegurada.”

Es difícil conocer en su totalidad, así sea del modo menos ambicioso, la resonancia que alcanzó la Intervención en nuestra literatura. Si omitimos los ensayos (de Justo Sierra o de Alfonso Reyes, por ejemplo), las diferentes biografías nacidas de uno u otro bando, los libros de recuerdos que escribieron los grandes liberales (*Memorias de mi tiempo* de Guillermo Prieto) y hasta la visión de esos vencidos (*Maximiliano íntimo. Memorias de un secretario particular*, por José Luis Blasio; *Querétaro. Memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, por A. Hans); para sólo atender a los libros de creación literaria, hay que señalar, al menos, unos cuantos títulos significativos. Nos disculpa un texto de Manuel Gutiérrez Nájera (recogido por E. K. Mapes y Ernesto Mejía Sánchez en el primer tomo de las *Obras*): “Como hay una literatura de semana santa, hay también una literatura de 15 de Septiembre y otra de 5 de Mayo. Malas lenguas afirman que estas dos últimas son una misma literatura verdadera. En efecto, con las sobras del 5 de Mayo se hacen los versos del 16, como con los retazos de la carne que se deja en los platos hacen los cocineros las albondiguillas. Por aquí suprimen un nombre, por allá otro; echan un remiendo a este verso, ponen tacones y medias



—¿Pero qué hacéis, general? —Colocar sobre esta frente los laureles de la victoria que sólo ella ha padido darnos

suelas a la última estrofa, cepillan todo para quitarle el polvo de los años y ve usted que Zaragoza, con bigote y todo, se convierte por un milagro caserito, en cura Hidalgo de sotana y de birrete. Para dar dos vistas a los vestidos y a los versos, no hay como las muchachas pobres y los creadores del 15 de Septiembre. Hay poesías parecidas a los santos de palo que se ven en ciertas parroquias miserables; yo vi una que, con saya verde, era San José; con llaves en la mano, el apóstol San Pedro y con candado en la boca, San Ramón Nonato. Cuando llegaba alguna fiesta de la Virgen, le quitaban la barba postiza y le ponían vestido de mujer. Así, ni más ni menos, son los versos de estos días. Quitándoles y poniéndoles piezas, quedan tan buenos para fungir de liberales como de insurgentes. Al fin, españoles, americanos y franceses, se van allá en esto de extranjería; la libertad de 1810 no difiere de la libertad de 1862 siempre que estén las dos en verso; y los héroes o grandes capitanes que vemos en las peroraciones cívicas y en el teatro, no tienen más que un vestido y una espada.”

(Sin embargo, es de justicia recordar, entre las pocas composiciones eficaces, la *Oda a la Patria*, del mayor romántico mexicano, Manuel M. Flores.)

En la novela mexicana del siglo diecinueve los años de la Intervención engendraron algunos libros de pura amenidad (pueden apreciarse en su género *Memorias de un guerrillero* y *El Cerro de Las Campanas* de Juan A. Mateos), y provocaron también las dos primeras novelas escritas con verdadero sentido literario en nuestro país: *El Zarco* y *Clemencia*, ambas de Altamirano. Mateos, fácil narrador, en la senectud logró escribir *La Majestad Caída*, quizá la primera novela sobre la revolución, junto con el relato de Azuela *Andrés Pérez, maderista*. Antes dejó en los cuatro tomos de *El Sol de Mayo* una novela por cuya acción transcurren la Batalla y el posterior sitio de Puebla, en 1863. Las victorias liberales alentaron a casi todos los novelistas de la época (Irineo Paz, Olavarría y Ferrari, etcétera). Deben mencionarse los *Episodios Nacionales* que, sobre el camino de Galdós, emprendió Victoriano Salado Álvarez para dar significación literaria a una época que ha fascinado a escritores tan poco semejantes como Franz Werfel y Vicki Baum, nombrando sólo a los más conocidos.

A la sombra del menor rigor y sin negar la validez de la literatura mexicana en el pasado siglo, es fácil darse cuenta de que ninguna novela escrita con el tema de la Intervención puede representar hoy la *épica* de esa “Edad Heroica”. La *épica*, nuestra *épica*, quedó en los textos prehispánicos y —como cree Agustín Yáñez— en algunas crónicas de la Conquista.